

B) Ciclo de conferencias organizadas por la Sociedad Peruana de Filosofía para la divulgación de la cultura filosófica.

Dinámica de la personalidad y formación del carácter.

(Conferencia del Dr. Honorio Delgado) (1)

El examen del funcionamiento de la personalidad es una tarea forzosamente ilimitada, practicable desde muy diferentes puntos de vista. En primer lugar, se puede formar una idea de él atendiendo a las distintas funciones psíquicas que intervienen principalmente en la promoción de la vida activa y que, en general, por variar de un individuo a otro, son capaces de determinar el sello personal. Esto entraña una descripción prolija de las posibles diferenciaciones y acentuaciones de las diversas formas de actividad psíquica, especialmente de la vida instintivo-afectiva y de la voluntad, lo cual no puede ser expuesto sino en la extensión de todo un volumen. La obra de Lersch corresponde típicamente a este criterio. Otro punto de vista es el del estudio de las constelaciones dinámico-estructurales que permiten separar caracteres más o menos determinados — lo cual, en rigor, es tema de la tipología. Un tercer criterio es el anexo a la consideración del dinamismo de la personalidad destacando la importancia de sus factores más activos en lo que atañe al efecto generador y configurador de la idiosincracia. Siguiéndolo se corre el peligro de confundir la descripción de la economía de las fuerzas del carácter, tanto con la explicación de las condiciones y causas que la determinan, cuanto con el proceso mismo del desarrollo de la personalidad. Semejante confusión ocurre en las caracterologías populares psicoanalíticas e individual-psicológicas. Una manera más de entender la dinámica de la personalidad (intermedia en cierto modo entre la anterior y la siguiente) es la que atiende a la actualidad de los procesos anímicos como direcciones nacientes y suficientes. **Allport** la

(1) Esta conferencia fue sustentada en la Facultad de Letras y Pedagogía de la Universidad Mayor de San Marcos, en Junio de 1943.

ha adoptado y perfeccionado con el nombre de "autonomía funcional de los motivos". Los "motivos" — entendidos en un sentido muy amplio, que se confunde con el de "experiencia" y "acontecimiento" — son significativos por ser del momento presente: aunque nazcan de "motivos" anteriores, a los cuales sustituyen, son funcionalmente independientes de ellos. "La motivación es siempre contemporánea... La vida de un árbol es continua con la de su semilla, pero la semilla ya no sostiene y nutre al árbol plenamente desarrollado". Aquí se trata de una teoría general de la personalidad, de una especie de concepción epigenética de la vida anímica, no del simple camino que buscamos. Por último, el conjunto de la acción y los actos personales puede examinarse en función de los factores más importantes entre los que le dan forma y contenido inmediatos. Tal es el modo de ver la dinámica que seguimos aquí: la personalidad en movimiento, en su relación viva con lo que excita su actualidad y, por decirlo así, alienta y moldea sus disposiciones. Ciertamente, así es difícil emular del todo la confusión con el estudio genético del carácter. Pero, en principio, la distinción es clara: aquí tratamos de la formación del carácter en el sentido de la actividad que le da forma y contenido material — forma y contenido que influyen no sólo en la dinámica actual sino en la del futuro —, y no en el sentido de analizar y comparar la influencia respectiva de los factores internos y externos en la génesis del carácter, de lo cual nos ocuparemos después.

A pesar de la delimitación de nuestro punto de vista, la dinámica de la personalidad no deja de ser asunto inacabable. Para no perdernos en un mar de generalidades sin substancia o de datos válidos sólo para ciertas variedades del carácter, concentraremos modestamente nuestra atención en algunos aspectos de las reacciones, de las acciones espontáneas y de los ideales, y su trascendencia en el proceso que acostumbramos llamar "caracteroplástico".

1º Los acontecimientos del ambiente que obran como estímulo sobre la vida anímica, provocan en ésta reacciones, cuya naturaleza varía según las disposiciones individuales, los antecedentes y el conjunto de la situación. El acontecimiento puede ser mero hecho exterior, aunque el sujeto tenga conciencia de él, o una verdadera experiencia llena de resonancia subjetiva. Los acontecimientos que se aproximan a este último extremo provocan reacciones im-

portantes desde el punto de vista de la economía del carácter. Pero la entidad del acontecimiento y la anexa a la reacción no dependen estrictamente de los hechos objetivos, sino que están en función con la manera como el sujeto es susceptible frente a ellos. Esto es, que las **situaciones** son relativas tanto a lo objetivo, cuanto a lo subjetivo. Por eso la variedad de las situaciones es inmensa, no sólo respecto a calidad y riqueza sino en cuanto a profundidad y consecuencias. Ningún psicólogo puede menos que aceptar lo que a este propósito afirma **Hartmann**: "Nuestra vida humana, vista de cerca, no consiste en otra cosa que en una ininterrumpida cadena de situaciones que vienen y se van — desde las circunstancias fugaces y casuales ligadas al instante hasta los vínculos más íntimos, decisivos y duraderos que encadenan el hombre al hombre. La vida colectiva y la individual arraigan en ellas y se reflejan en ellas. Son el terreno en que surgen y tienden a decidirse los conflictos. Son el contenido de la esperanza y el desencanto, de la exaltación y el sufrimiento, la plenitud del corazón y la impotencia". Cada individuo, a lo largo de toda su existencia, es impresionado de manera peculiar por los hechos de su ambiente propio. De esta manera sus disposiciones pasan de la potencialidad a la actualidad según una constelación y un contenido de experiencia específicamente correspondientes a las influencias externas. La dinámica de la personalidad — tensa o laxa, rica o pobre, armoniosa o desigual, con estas o aquellas direcciones — será en cierta proporción una respuesta al mundo circundante del sujeto, sobre todo a su mundo humano.

Pero las reacciones no sólo tienen la importancia de fenómeno actual que diferencia y estampa la vida anímica del individuo, no sólo su suma y su sucesión histórica componen el contenido y los modos de manifestación del carácter; además de eso desempeñan a menudo el papel de principios o moldes de las reacciones futuras, especialmente en los niños y en los jóvenes. De ahí la importancia de las primeras impresiones, en cada especie de experiencia de la realidad, para el destino de las personas. Esta repercusión "prospectiva" de las reacciones fué ya claramente reconocida por **Herbart** y su escuela: "cada reacción, una vez provocada por lo externo, guarda una determinada autonomía en el alma, una existencia en cierta forma y con cierto poder de mostrarse activa en el alma". En la actualidad, gracias al movimiento psicoanalítico — que dió un alcance ya excesivo a las primeras experiencias

del individuo y cuyos representantes a menudo atribuyen el carácter de causa a determinadas experiencias infantiles aparentemente eficaces cuando sólo son expresión de disposiciones innatas (acaso de personalidades anormales) y evolutivas—, nadie pone en duda lo esencial de la proposición herbartiana: que gracias a ciertos acontecimientos o a la repetición de especiales influencias del medio, el sujeto adquiere determinada actitud que le predispone a vivir y conformar su comercio con el mundo bajo la especie y según las exigencias respectivas.

Burloud incluye estos hechos, así como la conversión de las formas percibidas en formas que perciben (después de ver varios objetos de la misma especie se adquiere el esquema correspondiente para identificarlos) y hasta algunos modos elementales de aprendizaje (a fuerza de oír cantar una moledía, aunque sea en tonos diferentes, me hago capaz de cantarla yo mismo), en un principio general que denomina de la "asimilación subjetiva". Según su definición, "toda forma sentida, percibida o pensada puede ser asimilada por el sujeto y convertida en una tendencia formatriz, en un esquema de acción". De este modo, "una combinación objetiva de cualidades formales más o menos realizadas a menudo, hace nacer una forma dinámica, una tendencia nueva. Gracias a este proceso, nuestras inclinaciones primitivas, en particular nuestras inclinaciones innatas, se complican y se diferencian". Esta última indicación tiene valor, pues, por una parte, ni las imágenes originadas por los estímulos ni los estados afectivos, como estados, son lo determinativo, lo dinamogénico, sino la tendencia, el acto intencional o dirigido por una intención, y por otra parte, la fuerza de la asimilación subjetiva no dimana del contenido tomado de fuera sino de la disposición psicodinámica individual. De ahí que dos sujetos, *ceteris paribus*, reaccionen a menudo de manera muy diferente ante la misma situación o que uno reaccione con efecto formativo y el otro no. La actitud personal reactiva recibe el sello de la experiencia vivida, pero no el primer impulso; éste procede de las propensiones que inclinan originalmente hacia categorías de objetos o de actos cuyo común denominador es la capacidad de satisfacerlas.

2º Al conjunto de la acción pertenece la actividad reactiva, cuyo dominio aumenta con la edad. La que consideramos en seguida es principalmente la **acción espontánea**, cuyas manifestacio-

nes enriquecen también secundariamente la composición del carácter por el proceso del hábito y en general de los actos más o menos automáticos. Esto es, que la actividad espontánea, como la reactiva, tiene dos aspectos o momentos en la dinámica propia del individuo: el primero está constituido por los movimientos originales de la personalidad, voluntarios o no, que dan a la conducta la nota de novedad y riqueza, y en los cuales el sujeto puede vivirse a sí como agente libre y creador; el otro aspecto consiste en que la actividad una vez espontánea, al repetirse, se hace gradualmente automática — sin que esto quiera decir que sea comparable a los movimientos de un autómeta —, y acrecienta así el conjunto de resortes disponibles del carácter. Con esto aumenta también la estabilidad de su equilibrio dinámico, pero este equilibrio no depende sólo del predominio de las disposiciones ejercitadas, sino también de una actitud o facultad íntima, superior a las tensiones actuales y a la multiplicidad de las adquisiciones en el tiempo. A pesar de repetirse situaciones semejantes o típicas y, frente a ellas, modos de comportamiento también semejantes o típicos, no deja de manifestarse cierta espontaneidad en el ejercicio del carácter, inherente a la original relación viva del individuo con su mundo de cada instante, por lo cual las circunstancias y la acción tienen siempre algo de únicas. Esto es evidente sobre todo en el comercio social. Aunque el individuo en sociedad afronta situaciones determinadas — tanto más determinadas cuanto más íntimo, especial y homogéneo es el grupo humano en cuestión —, de manera inmediata se produce cada vez con cada una de las personas una situación peculiar por excelencia, que es de actitudes, valoraciones, propósitos y actos concretos, perfectamente individualizados, relación en la cual capta o cree captar no sólo lo externo de los demás sino actitudes, valoraciones, propósitos y actos íntimos dirigidos a él mismo; una relación plena y precisa de lo personal con lo personal, de la personalidad única con las personalidades únicas. Así, concretándose, se revela la forma dinámica de expresión de lo espontáneo e idiosincrásico en el condicionamiento de la situación.

El ejercicio de la acción espontánea, a diferencia de las meras reacciones, concentra y configura como un todo la vida anímica germinante y difusa, plasmando el modo de ser empírico de cada hombre, su carácter, con las virtualidades de su personalidad. Gracias a tal ejercicio, las mismas tensiones y tendencias opuestas

de la vida anímica personal pueden ser superadas en forma de integraciones eficaces, de nuevas y más libres actitudes. Como lo ha reconocido la sabiduría de todos los tiempos, el vencimiento y la represión de las tendencias instintivas es lo esencial en la dinámica de la personalidad y en la formación del carácter. "Pues la inhibición es precisamente sólo el medio de liberar las fuerzas para los fines positivos" (Stern). De ahí que, dentro de la acción espontánea, las operaciones de la voluntad se destacan como eminentemente caracteroplásticas; se destacan no sólo en cuanto los motivos ocasionales pueden constituirse en condiciones directivas y propulsoras de nuevos actos, formando parte de las adquisiciones durables del carácter, sino, principalmente, por la disposición para la responsabilidad, inherente a todo querer libre, como lo prueban las investigaciones de Ach. Según su definición, la disposición para la responsabilidad es la propia "del hombre inclinado a tomar sobre sí las consecuencias objetivas de sus acciones, a identificarse con ellas", y constituye la "propiedad más amplia y valiosa del carácter, el medio principal de la formación de la voluntad y del carácter". La conciencia de la libertad es un hecho que vive todo hombre, incluso el materialista negador de la libertad en general, y con ella se constituye implícitamente otra realidad psicológica: la convicción de ser responsable de las propias acciones, que obra a su vez — ora conscientemente ora subconscientemente — como acicate poderoso y decisivo en la actuación personal, venciendo la inercia y las flaquezas de la carne.

3º Los ideales constituyen fuente substancial de estímulo y dirección para la dinámica de la personalidad y la consolidación del carácter. En general, es inherente a la personalidad el enlace del mundo real con el mundo ideal. Difícilmente hay acción, y hasta reacción, que no sea claramente determinada tanto por el ser de los objetos cuanto por su valor. Más aún, el valor es esencialmente dinamogénico, es estímulo y meta de las tendencias. El hombre sólo persigue lo que entraña valores positivos y sólo evita los valores negativos o los valores positivos inferiores por preferir los superiores. Por otra parte, las tendencias, la voluntad, la acción son actos reales y vividos como reales aunque sean promovidos por lo ideal. Pero lo que interesa considerar en relación con nuestro asunto no es toda la esfera de las esencias o ideas, sino los ideales, concebidos y abrazados más o menos explícitamente por

el sujeto, cuyo contenido es la imagen de lo que aspira el hombre. Los hay alcanzables y quiméricos, bajos y elevados, de significación transitoria o permanente, adecuados y no adecuados a la fase del desenvolvimiento de la personalidad, arraigados en la propia idiosincrasia y adventicios, auténticos y falsos. Se podría alargar más la lista de las variedades. Sólo nos referiremos especialmente a un par: los ideales transitivos y los reflexivos. Los primeros representan lo óptimo de la vida humana en general; son admirados y anhelados como meta espiritual objetiva más o menos abstracta, universal y lejana. Los últimos figuran el desiderátum personal, son el acicate de las aspiraciones que el sujeto tiende a convertir en programa o plan de su propia existencia. Los ideales, cualquiera que sea su cualidad intrínseca, son realmente formativos si el sujeto los vive no sólo contemplativamente como formas superiores de la vida espiritual del hombre, sino activamente, con fe, como asunción subjetiva, como tarea actual. En algunas naturalezas débiles es más eficaz la adhesión a un ideal aunque sea infantil o meramente inculcado, que la pérdida del mismo. Mas en general, la fuerza germinativa de los ideales depende tanto de su pertinencia respecto a la situación y las posibilidades personales, cuanto del desenvolvimiento de la estimativa con el pábulo de auténticos valores. Aunque toda sana formación de ideales supone selección e integración de valores en un movimiento progresivo —vencedor de lo que sólo es inercia de las adhesiones y preferencias previas—, es provechosa para el carácter si, además de esto, guarda proporción con la metamorfosis que va operando en él y, en último análisis, con las disposiciones y aptitudes efectivas del individuo. De esto no hay que concluir que los ideales de la mayoría deben ser pegados a tierra, utilitarios, pues "en lo inútil como tal el hombre alcanza la justificación de su existencia, su aspiración y su penuria — ya que ambas nunca son lo último — así como sus pretensiones frente a la vida. Ahí da su antropodicea" (Hartmann).

Los ideales que se hacen fuerza viva del carácter son inseparables, por una parte, de las concepciones del mundo y, por otra, del cariño personal, con cuyas esferas se confunde la suya en gradación insensible. Las concepciones del mundo — cada cual tiene la suya — no son doctrina que el hombre escoge y compone al azar de las circunstancias y sólo por el ministerio de su actividad intelectual. Cuando son realmente personales, cristalizan y se adue-

ñan del espíritu en virtud de potentes afinidades de lo más profundo del ser, y el ejercicio de la vida activa las pone a prueba y tiende a la prosecución práctica de sus consecuencias. Jaspers define sus dos aspectos esenciales, de expresión efectiva y entrañable de la personalidad, y de imágenes objetivas racionalmente formadas, exigencias intelectuales que el sujeto exterioriza, aplica y utiliza como justificación. "Cuando hablamos de concepciones del mundo — dice — nos referimos a ideas, a lo último y total del hombre tanto subjetivamente como experiencia vivida y fuerza de convicción, cuanto objetivamente como mundo de pensamiento configurado de manera concreta". "Las concepciones del mundo son ciertamente formaciones racionales cuando se formulan en las filosofías, pero no nacen por simple vía racional. Las concepciones del mundo sólo son realizables prácticamente, susceptibles de ser experimentadas y rebatidas. Todo lo teórico es sólo objetivación de algo que previamente fué, o actualidad viva o movimiento puramente intelectual y sin substancia. La vida es totalidad, todo lo teórico se mueve en fragmentos bajo las suposiciones, que no sólo tienen origen teórico". Según esto, lo importante de las concepciones del mundo para la dinámica de la personalidad y la formación del carácter es su cimiento subjetivo más que las nociones y el saber objetivamente válido, si bien esto último de ningún modo es indiferente, pues constituye el medio de expresión y el sentido de la actividad anímica. Cuando la concepción del mundo deja de ser una convicción viva, queda en la mente como simple construcción yerta y vacía, sin vigor para incitar eficazmente los movimientos de la personalidad. El tono personal de la concepción del mundo depende, pues, de la fe que la anima, la cual es militante mientras constituye un proceso en marcha: dirigido hacia algo que el sujeto experimenta como absoluto. "La fe es y será un riesgo, y en el fondo siempre es fe ciega" (Hartmann). En conclusión, es un aspecto importante del "ethos" de una persona el sistema de ideas según el cual afronta la realidad. Gordon está en lo cierto al afirmar que "al hombre le es posible amoldar el aspecto espiritual de su personalidad de acuerdo con la filosofía de la vida que haya adoptado y, por consiguiente, adquirir esa organización del sentimiento y la fe con relación al universo, que es lo único que permite a la personalidad ser eficiente, completa y satisfecha".

El individuo humano vive incluido en la sociedad; es fondo importante de su experiencia de todo momento el ser miembro de una familia, de un grupo de amigos, de una clase social, de un círculo profesional, de una patria, con su realidad y su espiritualidad peculiares. Esta comunión de las almas tiene un aspecto particularmente significativo para la formación del carácter: el **cariño personal**, cuya esencia, reconocida ya por los filósofos antiguos, ha sido analizada de manera penetrante por **Hartmann**, a quien seguimos en nuestra breve exposición del asunto. Este afecto, que constituye el vínculo trascendente entre los hombres, es poderoso porque arraiga en lo más profundo de la vida anímica. Gracias a su manifestación el sujeto revela aspectos — a menudo los mejores — de su ser, que de otra suerte quedarían latentes. Esto, unido al poder de llegar a lo hondo del alma ajena y de percibir sus más altos valores y posibilidades de valor, hace del cariño o amor un agente poderoso para formar y desplegar los ideales, para fomentar el desarrollo de lo más eminente de la personalidad. El cariño, a menudo ciego para los valores manifiestos, tiene, por decirlo así, ojos iluminadores, pues la intuición emocional con que se actualiza revela en el objeto amado lo recóndito e ideal de su personalidad, valores que incluso pueden ser contrarios a los empíricos y ostensibles (acaso negativos). Piénsese, por ejemplo, en el cariño de la madre, a la vez adivinador de cualidades que quizás medrarán más tarde y ciego para defectos del hijo, evidentes para los demás. La situación amorosa tiene una vida con su ley propia, por encima del ser concreto de las personas que une, "nacida de la compenetración axiológica de dos puros complejos de valor con sus respectivas tendencias privilegiadas". El cariño tiende a despertar y a poner a su servicio todas las fuerzas espirituales de que es capaz el sujeto, con lo cual puede lograr acciones y transformaciones en concordancia con el ideal que descubre y acucia la persona determinativa, que "intuye lo perfecto en la imperfección". Dicho de otro modo, la relación amorosa creadora consigue, como muy pocas influencias de otra clase, aproximar efectivamente a su valor, a su quilate máximo, la personalidad empírica: es como una fuerza fecundante y promotora de metamorfosis en el sentido del perfeccionamiento. Es claro que el cariño no siempre y en todos los sujetos obra de esta manera, sobre todo si intervienen graves ilusiones y errores tímicos en las relaciones personales. Por otra parte, no es raro que el dominio tiránico de algunos valores generales (no

personales) suplante al verdadero valor potencial de la personalidad, frustrando el desarrollo del "ethos" en germen. Entonces el sujeto, en cierto modo, resulta desleal consigo mismo, con el ser que debería ser, y el cariño, un factor de adulteración. Apenas es necesario agregar que las mayores consecuencias caracteroplásticas de las vicisitudes del amor, como de los ideales, tienen su oportunidad en la niñez y la juventud, cuando el natural es más receptivo y más formable.

El problema del conocimiento y las labores de la Sociedad Peruana de Filosofía.

(Conferencia del Dr. Oscar Miró Quesada) (1)

La Sociedad Peruana de Filosofía ha cumplido en el mes de Mayo de 1943 su segundo aniversario. La existencia, entre nosotros, de una institución semejante es de verdadera importancia, porque demuestra que las disciplinas superiores de la mente se han desarrollado en el Perú hasta el punto de permitir la floración máxima de la cultura: la ciencia del pensar especulativo.

En la evolución sociogenética de las instituciones humanas, vemos, en efecto, aparecer primero aquellas que se vinculan con las necesidades básicas del hombre, cual si presidiera a su formación sucesiva el principio de utilidad. Organizadas las condiciones colectivas que permiten satisfacer, normalmente, las exigencias primarias de la vida individual y común, las fuerzas espirituales liberadas de la obligación de absorberse por completo en la consecución de objetivos materiales inmediatos, aplica el resto de energía psíquica a fines superiores alejados, aparentemente, de los intereses del cuerpo y de los apetitos imperiosos de la vida animal. Y comienzan a surgir las artes y las ciencias como expresión racional de la actividad de la inteligencia evolucionada y libre.

En esta etapa perfeccionadora del desarrollo social se cumple, igualmente, el principio de utilidad, pues en el seno de los grupos humanos, aparecen, primero, las sociedades que tienen relación más directa con el bienestar colectivo, como las instituciones cien-

(1) Esta conferencia fue sustentada en la Facultad de Letras y Pedagogía de la Universidad Mayor de San Marcos, el mes de Julio de 1943.